

¹ Artículo originalmente publicado en el diario *El Siglo* de Montevideo el 24 de noviembre de 1866, de donde lo hemos tomado en el ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional del Uruguay. Después de la desaparición de *La Revista Literaria*, durante el mismo año de 1866, tuvo lugar una polémica en Montevideo sobre la figura intelectual de Bilbao, desencadenada por un artículo de Amadeo Errecart, “El alma de Italia”, publicado en el diario *La Tribuna* de Montevideo el 20 de octubre, donde citaba a Bilbao y añadía al pie: “Con tales palabras encajeza *La América en peligro* el más puro, el más abnegado, el más heroico paladín de la democracia americana, Francisco Bilbao. Ese libro, ilustre por sus miras y tendencias, debe ser la divisa de todos los hombres del porvenir”. El artículo dio lugar a una carta dirigida por “ALM” a José Cándido Bustamante, el propietario de *La Tribuna*, publicada el 18 de noviembre, donde Errecart es irónicamente llamado “digno émulo de Bilbao el apóstol”. Otro artículo firmado con las iniciales “F. de O.”, publicado en *El Siglo* el 22, intervino en la polémica con una pregunta: “El artículo lleva por firma esta palabra Alm, ¿no será esto un compuesto de las iniciales del nombre y apellido de un literato, por ejemplo Al y M? Creemos que sí”. Errecart contestó el 24 en *La Tribuna*. El mismo 24 de noviembre, pero en *El Siglo*, José Pedro Varela publicó “Francisco Bilbao y el catolicismo”, que reproducimos aquí. La alusión a Alejandro Magariños Cervantes, el editor de la *Biblioteca Americana* y *La revista española de ambos mundos* en Madrid y París, dio como respuesta una carta suya

JOSÉ PEDRO VARELA

Francisco Bilbao y el catolicismo¹

Hay hombres que se convierten en idea, que se hacen luz y que por doquiera que pasan dejan un rastro luminoso. Francisco Bilbao era uno de esos hombres.

a Bustamante el 25: “...como a usted le consta que no me pertenecen los artículos de “Alm” que publica “La Tribuna”, y que a sabiendas me atribuyeron algunos para tener un pretexto plausible de satisfacer sus ruines pasioncillas, le agradezco me hiciera el obsequio de declarar categóricamente que tales artículos (que por cierto aún no he podido leer por falta de tiempo) no son míos [...] A. Magariños Cervantes”. El 27, en carta a Adolfo Vaillant, el gerente de *El Siglo*, José Pedro Varela declara ser suyo el artículo firmado como “F. de O.”, y añade: “No conozco al Dr. Magariños, ni tengo relación alguna con él, así es que las expresiones que él se haya atribuido como otras tantas alusiones a su persona, solo han sido trazadas como un medio de contener la insolencia con que se combatía la memoria de Francisco Bilbao”. El 29 Magariños contesta en *El Siglo*, por carta dirigida a su redactor, Fermín Ferreira y Artigas, lo siguiente: “Agradezco a don José Pedro Varela la declaración que hace de ser suyo el artículo que con las iniciales F. de O. publicó en *El Siglo*. / [...] D. José Pedro Varela me honra llamándose una de las más claras inteligencias de nuestro país; a mi vez, me complace en reconocer que en la brillante pléyade de la juventud del Plata, el joven escritor forma en la vanguardia, y el humilde veterano lo verá con orgullo, como hijo de esta tierra, llevar la bandera del arte y del progreso hasta la cumbre donde a él no le fue dado llegar. Él dice que las expresiones ofensivas que puedo yo haberme atribuido, sólo han sido trazadas como un medio de contener la insolencia con que se combatía la memoria de Francisco Bilbao. / ¿Pero cómo el Sr. Varela, sin conocerme personalmente, sin ninguna prueba en qué fundarse, ha podido suponer tal ofensa por mi parte a la memoria del ilustre escritor chileno, a quien conocí en París y cuyo trato y amistad cultivé desde entonces y estreché más en Buenos Aires durante mi larga permanencia en aquella capital, como lo saben aquí y allá todos los que se ocupan de literatura? / [...] Tocolo emprender primero el gran viaje de la eternidad; fue a recibir del sonberano juez el premio de los fuertes, pero los que en el mundo le conocieron y amaron no pueden aceptar, ni aun por hipótesis, que se les suponga sus detectores cuando fueron y son sus más leales amigos”.

Con estas palabras empezamos un artículo que publicamos hace algún tiempo.² Entonces las cenizas aún calientes del proscrito chileno no habían sido profanadas por la infamia o por el sarcasmo; los enemigos que en vida lo habían combatido respetaban el cadáver del hombre que había muerto sin renegar de sus ideas; pero hoy, la calumnia y el insulto vuelven a levantarse para derrumbar su reputación.

Los enemigos de las nuevas ideas, los representantes de un pasado luctuoso, que sin embargo quiere apropiarse todos los progresos del mundo, se complacen en herir uno por uno a todos los hombres que han luchado y que luchan por romper alguno de los eslabones de la ominosa cadena de la preocupación.

A sus ojos, nada merece ni consideración ni respeto, sino aquello que se ase del pasado como del único medio de salvación.

No les importa que un hombre haya soportado todos los insultos, todas las miserias, todos los martirios, que se haya visto desterrado, perseguido, traqueado; que haya visto sin estremecerse la capa del ridículo arrojada sobre sus hombros; que se haya visto crucificado ante la opinión de sus hermanos; y que haya en fin arrastrado una vida toda de amarguras y de dolores, por dar a los hombres algunos rayos de la luz de que se hallaba iluminado; no les importa que jamás haya dudado de sus ideas, que nunca haya renegado de sus creencias, que haya bajado a la tumba, no como Cristo diciendo “¿Por qué me has abandonado?”, sino afirmándose más y más en sus creencias y prestándoles los vislumbres divinos de la inmortalidad para darles más colorido y más luz. ¡No les importa! Ese hombre no merece consideración, no merece respeto, no merece nada, porque ese hombre combatía nuestras ideas. Es el principio católico en esencia. ¡Nada justo, nada noble, nada bueno, fuera del catolicismo!

Francisco Bilbao, como los racionalistas todos, combatiendo sus doctrinas y sus ideas, admira la grandeza del misionero católico, que se lanza en medio de tribus salvajes, afrontando el martirio por esparcir su doctrina.

Francisco Bilbao, ve en el ultramontanismo y en el jesuitismo que es su expresión más genuina, el enemigo de toda libertad y de todo progreso, al opresor de todas las conciencias, al inmenso vampiro que absorbe incesantemente la sangre y las fuerzas vitales de la humanidad; pero al combatirlo admira sin embargo a los hombres que como San Francisco Javier, van a luchar y a

² Se trata del artículo “Francisco Bilbao” publicado en *La Revista Literaria* de Montevideo, reproducido en este mismo número de *La Cañada*.

morir en medio de los salvajes de la India; admira la infatigable constancia del padre jesuita, el orden admirable de su secta, la fe tan ciega, como contraria a la dignidad humana, con que respetan a sus superiores y a sus reglas! La doctrina católica es mala, es fatal, pero el sacerdote católico que por ella se sacrifica y por ella muere, es noble y es digno de consideración y de respeto. Esa es la doctrina racionalista, y eso es lo que pediríamos al catolicismo, si el círculo mezquino de las creencias católicas dejara a sus adeptos la posibilidad de comprender la grandeza de la tolerancia.

Pero no; el catolicismo sólo sabe usar el insulto y la amenaza, cuando la fuerza material no lo auxilia, como hoy en América y en Europa; el hacha y el fuego, cuando tiene poder para hacerlo, como en la Saint-Barthelemy, como en las dragonadas, como en la conquista de América.

Si así no fuera, los defensores de la idea católica deberían respetar en Francisco Bilbao al hombre que infatigable en la propagación de sus ideas, habrá podido equivocarse, pero ha sido digno de respeto y consideración, por su constancia, por su fe y por su valor!

Ni es justo, ni es noble, ni es digno, el prodigar el desprecio y el insulto a hombres que como Francisco Bilbao han sabido soportar el destierro perpetuo, la miseria y el abandono para no renegar de sus ideas!

Cuando el obispo Sibour, jefe de la iglesia católica de Francia, consagraba la traición y el crimen en el coronamiento de Napoleón III, Francisco Bilbao, oscuro ciudadano chileno, protestaba en nombre de la justicia contra la consagración del crimen! Cuando todo el clero católico en México consagraba con un *Te Deum* el establecimiento del extranjero en su patria, y sancionaba con su presencia la muerte y el saqueo de todo un pueblo, Francisco Bilbao, hermano de todos los que sufrían, sin más título que su amor a la democracia y a la libertad, protestaba en nombre de la conciencia y de la humanidad contra ese asesinato de una nación!

Donde quiera que resonaba el gemido de un desgraciado; que una libertad era agredida; que un derecho era desconocido; que un hombre o un pueblo caían bajo el hacha de los tiranos; donde quiera que un alma sofocada por la preocupación pedía aire para respirar y luz para disipar las tinieblas que la rodeaban; donde quiera que sufría y que se lloraba, que se luchaba y que se gemía, allí estaban las simpatías y el corazón de Bilbao. Él hacía causa común con todos los oprimidos; él sufría con el dolor de todos los que sufrían; él lloraba con las lágrimas de todos los que lloraban; él lanzaba su maldición a los tiranos del cuerpo y a los tiranos del alma; él buscaba la libertad política

para los pueblos, la libertad religiosa para las almas; por eso los tiranos y las religiones son sus enemigos; por eso el gobierno de Chile y el obispo de Chile lo excomulgaba; por eso el espíritu del catolicismo, convertido en gusano, se complace en roerlo hasta en la tumba.

Pero los discípulos de Bilbao, decimos mal, los discípulos de la verdad y de la justicia que Bilbao proclamaba, no nos sentimos desanimados por los ataques injuriosos que se hacen a los que más alto han levantado la bandera del racionalismo.

Los que quieren cebarse en el cadáver de Francisco Bilbao, porque su voz está apagada, se equivocan. La desaparición del hombre no causa la desaparición de las ideas. Francisco Bilbao ha muerto, pero su doctrina vive y avanza.

Sus ideas, bebidas en la fuente del Evangelio, se extienden; se extienden como la luz cuando el sol empieza a irradiar en el horizonte.

La libertad camina lenta, pero incesantemente, decíamos en un artículo, que para evitar repetir las mismas ideas con distintas formas, transcribimos aquí.

Los pueblos que permanecían ocultos en la sombra avanzan y avanzan hasta colocarse en el radio de luz que ella proyecta.

Las personalidades se destacan, y apenas si para vergüenza de la humanidad, hay uno que otro pueblo, que permanezca completamente oculto!

Al esclavo de los tiempos bárbaros, al siervo de la edad media, ha sucedido el ciudadano que tiene su influencia más o menos grande en los destinos de su país.

En la sociedad el hombre tiene un hogar, una familia. No es esa *cosa* (el esclavo) de que nos hablan las leyes antiguas; no es esa *semi-cosa* (el siervo) de los tiempos de la edad media; es el hombre, el padre de familia, el propietario, la personalidad en fin, que tiene sus derechos y sus garantías.

Pero si en todas partes, aun en las naciones más bárbaras, las libertades políticas y sociales han progresado, icuán atrasadas están aún las libertades religiosas y cuántas trabas no interpone a la humanidad el respeto y la veneración que se profesa a los distintos cultos que rigen a los hombres!

Y aun entre los demócratas más puros, entre los más entusiastas sectarios del libre pensamiento, icuán pocos comprenden la sublime extensión de la libertad y el gigantesco vuelo que es necesario imprimirle para que llegue un día a cobijar a la humanidad entera bajo sus benditas alas!

Y entre nosotros mismos que hemos heredado las conquistas que la humanidad ha hecho en diez y ocho siglos de lucha incesante, pocos, muy pocos han hecho oír su voz reclamando la libertad religiosa y protestando contra esa imposición de creencias que se ejerce por el sacerdocio. Por eso es más noble y más grande la figura de Francisco Bilbao.

Se cree que se puede llegar a la libertad política, a la libertad social, bajo la tiranía religiosa. Como si se pretendiera establecer una separación entre el ciudadano y el creyente, entre el padre de familia y el hombre devoto, y como si las ideas religiosas no fueran la base de todas las ideas del hombre. Pero está de tal modo viciada la conciencia del pueblo, que aun entre los católicos más fervientes hay contradicción entre su modo de obrar en religión y de obrar en política o en sociedad.

Para llevar (libremente) un hombre a la magistratura, para ponerlo al frente de los destinos de la patria, no nos basta que sea honrado, que haya pasado su vida en la virtud y en el trabajo, es necesario que lo juzguemos digno de tal honra, que se haya mostrado como un soldado decidido en las luchas que se sostienen; que haya dejado algunas gotas de sangre en los campos de batalla, o algunos desengaños en el terreno de las ideas.

Y a los directores civiles, digámoslo así, a los filósofos, a los oradores, a los poetas, a los encargados de ilustrar las masas, por cualquier título que sea, no les preguntamos si visten tal o cual traje, sino ¿qué sabéis? y ¿qué podéis darnos? No basta que se nos diga: Hemos ido a beber nuestras ideas en las fecundas fuentes de la ciencia; hemos estudiado a los grandes hombres de todos los pueblos y de todas las épocas. Es necesario que se nos pruebe que los han comprendido, que podrían interpretarlos, que sabrán esgrimir esas poderosas armas, las ideas, sin convertirlas, como tantas veces ha sucedido ya, en un puñal de dos puntas que hiere a la vez que al enemigo a quien se ataca al amigo a quien se defiende.

Pero a los directores religiosos, a los que deben fecundar las almas, a los encargados de los niños, a los encargados de la mujer ¿qué títulos les exigimos? Una sotana!

Basta que ellos vistan un traje distinto al nuestro y balbuceen apenas el idioma en que están escritos los libros de los Apóstoles, para que se les crea dignos de formar el corazón de los niños y de dirigir la conciencia de la mujeres que serán las madres de nuestros hijos.

Dejar al sacerdocio la dirección de los niños y de las mujeres, es dejarles la dirección de la política y de la sociedad, y cuán funesta no debe ser esa dirección otorgada a favor de una secta que tiene por principio la tiranía y el rompimiento de los vínculos sociales!

Además, ¿por qué, si somos tan celosos de la dirección mundanal, digámoslo así, vemos con tal indiferencia o con tal temor todo lo que puede referirse a la vida del alma, a la vida eterna?

Entre nosotros, permítasenos decirlo a pesar de lo amargo que puede ser, entre nosotros, la mayor parte del pueblo y aun de las personas algo ilustradas que se llaman religiosas, no saben lo que es la religión católica.

La conocen sólo por las predicaciones de los sacerdotes y por los pocos libros santos que han leído; es decir, que en una causa que tanto debe interesarnos, han escuchado sólo una de las partes, interesada en mantener el orden de cosas establecido, porque de él es que reportan esa preponderancia y es el lucro que les hace asumir una posición poderosa en el mundo, sin que jamás hayan escuchado a los que llenos de entusiasmo y de fe combaten las doctrinas del catolicismo, para conocer la verdad, examinando imparcialmente las distintas tendencias que pretenden dirigir el mundo.

Nosotros no queremos, como el catolicismo, ahogar la voz en la garganta de nuestros enemigos; no nos presentamos esgrimiendo el hacha del exterminio para los que se encuentran en distintas filas que nosotros, sólo queremos que se nos oiga, y que la luz, de cualquier parte que venga, llegue hasta iluminar nuestra mente.

No queremos anonadar a nuestros enemigos, queremos convencerlos; hacer de cada uno de ellos un hermano que nos ayude a difundir la verdad, a salvar a los desgraciados, a redimir a los oprimidos, a cobijar a la humanidad entera bajo el ala del amor y de la esperanza.

Queremos que si cada individualidad en el mundo cuida de su porvenir en la tierra, cuide también del porvenir de su alma; de ese porvenir tenebroso y temible para los que siguen el tortuoso camino de la iglesia; de ese porvenir claro y sereno para los que tienen fe en la justicia infalible y eterna del Hacedor!

Confiar la salvación del alma al sacerdote y a la iglesia, como hacen los católicos, es una falta de fe en la pureza de Dios, un desconocimiento de su eterna justicia!

¿Será necesario acaso, para obtener en el cielo una recompensa por haber conservado inmaculada el alma en medio de las tribulaciones de la vida, será necesaria la plegaria del sacerdote, plegaria que se compra con un poco de oro, ese *barro mundanal*, como dicen esos mismos sacerdotes?

¿Puede creerse sincera esa creencia, que pone la justicia de Dios a la merced de un poco de metal precioso, que ese mismo Dios ha derramado a manos llenas en la tierra?

¿No hay un escepticismo profundo en el fondo de esa fe católica, que no examina sus creencias porque teme encontrarlas falsas?

¿No hay una protesta contra la verdad en esa teoría que nos obliga a creer sin examinar, a tener esa fe ciega que hace de la humanidad *un bastón en manos de un viejo* como decía Loyola?

Ese lujo exterior de los templos católicos, esa gala en las formas, ese anhelo continuo de impresionar el alma por medio de la materia ¿no serán, acaso, una prueba de que faltan la verdad y la justicia en las ideas que se proclaman?

La religión es necesaria para el pueblo, es un freno que se pone a las masas, se dice generalmente; pero, ¿qué son las conquistas liberales de la humanidad, si es necesario enfrenar las masas? ¿Qué son esas santas ideas de fraternidad y de igualdad que hicieron exclamar a Cristo: "todos somos hermanos", si hay unos que usan un freno y otros que dirigen las riendas? ¿Y quién será el que pueda señalar el punto donde concluyen los dirigidos y empiezan los directores?

¿No se cree que hay una contradicción notoria entre estas palabras de Cristo: "todos somos hermanos", es decir, todos somos iguales, y estas palabras de la religión católica *enfrenar las masas*?

Además, si la religión es un freno que se impone a las masas, el día que las masas se civilicen lo bastante para convertirse de dirigidos en directores, la religión se hará inútil, no habrá masas que enfrenar. Así pues la religión es una necesidad temporaria, y las necesidades temporarias no pueden tener un carácter divino.

La religión y la razón se unen para decirnos que todo lo que es divino es inmutable. ¿Cómo, pues, podrá ser divina la religión católica, si la civilización completa de las masas puede anularla, es decir, si es más o menos necesaria, según hay más o menos embrutecimiento en el pueblo? ¿Acaso la divinidad sufre esas alteraciones?

¿No se comprende que la verdad es siempre la misma en los pueblos bárbaros como en los civilizados, y que todo lo que la civilización puede hacer desaparecer es una mentira, que sólo las circunstancias han podido mostrar como la verdad?

Y si en la religión católica, como en todo lo formado por los hombres, hay algo de dudoso y de incierto, si las ideas que proclama pueden tener algo de controvertible y aun de absurdo, ¿por qué aceptarla sin hacerla sufrir un examen severo, sin depurarla, digámoslo así, de todas las excrecencias que pueda tener?

¿Por qué entregarle la dirección de los niños, para que le inculque sus ideas, si esas ideas son contrarias al espíritu de libertad y de progreso que hoy impele al mundo?

¿Por qué hacer tampoco que la mujer, la compañera del hombre, la que vierte en nuestra alma las primeras ideas, cuando recién asomamos a la vida, vaya a recibir sus inspiraciones en el confesionario, si el confesionario ha sido siempre y es aún la más poderosa traba que se ha interpuesto al adelanto y a la libertad del mundo? ¿Si, tenebroso siempre y cruel, el confesionario ha sido y es, aún, la guillotina del pensamiento?

¿Por qué el padre de familia que se afana y que trabaja toda su vida para asegurarle un bienestar a su hijo, deja sin embargo que le inculquen ideas que él no conoce y que pueden ser contrarias a la honradez y a la virtud?

¿Por qué la madre que quiere que su hija sea un dechado de inocencia y de virtudes, la obliga sin embargo a que quiebre en el confesionario el misterioso cristal de su pudor?

Pero la inteligencia de las sociedades católicas está asfixiada. Ese temor al infierno, esa presión continua que ejercen los sacerdotes sobre las almas, es el opio que adormece la inteligencia y que la aleja de las grandes ideas!

Para el sacerdote, pensar, razonar, es dejar de ser católico. El catolicismo protesta contra el libre examen!

Cada paso que avanza el espíritu de libertad en el mundo, es un paso atrás que da el catolicismo, porque es una rienda del pueblo que se afloja, una parte de las masas que se desenfrena, un confesionario que se abandona, un esclavo que se liberta!

Pero en cambio el espíritu de la verdadera religión avanza; y la verdadera fe en la justicia y en la omnipotencia del Hacedor, se fortifica más y más en el corazón del pueblo!

El Dios del lujo y de la apariencia desaparece ante la luz de la civilización y del progreso, pero el Dios de verdad, el espíritu santo, que el crucificado mostró al mundo, se destaca de entre las sombras en que lo habían envuelto la superstición y la osadía, para guiar a la humanidad hacia la tierra prometida – la libertad.

Después de diez y ocho siglos, el espíritu verdadero de Cristo vuelve a presentarse a la lacerada humanidad, y empieza a producir sus frutos esa semilla de justicia y de bien, que regó con su generosa sangre.

Madres, en vez de enseñar a vuestros hijos a elevar su oración en la iglesia y a aprender a leer en los libros del misticismo, enseñadles a levantar su oración en el santuario de su alma, y haced que beban sus primeras ideas en esa fuente eterna de verdad y de justicia – “el Evangelio”.

Que los proscritos todos del paraíso de la felicidad, que los sedientos de ventura, vayan a saciar en ese libro su inextinguible sed.

El espíritu de Cristo difundido en los Evangelios, es un bálsamo santo que cura todas las heridas; es un aliento bendito que presta fuerzas a todos los que desfallecen; es la estrella de felicidad y de paz que puede guiar a todos los extraviados!

Dichoso el pueblo cuyo código sea el Evangelio, cuya justicia y cuya norma sean la verdad que brota de sus sublimes páginas!

El Evangelio puro, en que se encuentra el verdadero espíritu de Cristo; no el Evangelio de ficciones y de opresión que nos muestra la iglesia y el sacerdocio católico.

El evangelio verdadero, el código republicano que dictó Cristo a la humanidad!

Oración sublime en que se encuentra un eco de todas las almas!

Magnífico prelude del *hossana* de admiración que levantara un día la humanidad entera reunida bajo el frondoso árbol de la justicia!

Difundir el verdadero espíritu del Evangelio, he ahí el trabajo de los buenos, y en este santo trabajo el espíritu de Dios los acompaña!

Dios anima a todos los que se agitan a favor de la verdad y de la justicia, y Dios alentaba a Francisco Bilbao cuando levantaba la bandera del racionalismo puro, gritando atrás a todas las preocupaciones y a todas las tiranías!

Su voz era un eco de la doctrina cristiana.

Traductor de los Evangelios, Francisco Bilbao se había empapado en su espíritu, se había nutrido de verdad y de justicia.

Las ideas que acabamos de emitir, descoloridas y mustias, eran las que proclamaba Bilbao, prestándoles todo el fuego de su entusiasmo, todo el colorido de su brillante inteligencia, todas las palpitaciones generosas de su corazón!

Y esas ideas, se hace más necesario hoy que nunca, el proclamarlas!

Nuestro país atraviesa una época solemne!

“Este momento me parece grandioso, diremos con Bilbao, la barbarie que invade y la teoría de la barbarie que lo mira”.³

Hoy más que nunca es necesario proclamar esas ideas. Cuando todo ha sido invadido en el terreno de los hechos, es necesario al menos que salvemos intactas las conciencias.

Hay momentos en la vida de los pueblos en el que un paso dado adelante o atrás puede sepultarlos en un abismo o hacer que adelanten con planta segura por el camino del progreso. Momentos en que la injusticia triunfante en el terreno de los hechos hace que los principios se estremezcan y que las conciencias abatidas duden entre el mal y el bien, entre la justicia y la injusticia! La solución de esa duda nos señala el porvenir! Si el desencanto se apodera de nosotros, si se reniega del derecho, de la justicia, de la libertad, y si el santuario del alma llega a profanarse rindiendo en el culto a los ídolos falsos, que la fatalidad suele imponer por un momento a los pueblos, entonces ya nada queda, ni porvenir ni esperanza.

Por eso es que en estos momentos decisivos es que se hace más necesario combatir las ideas ultramontanas, que predicando la tiranía religiosa vienen a santificar la violación del derecho y el falseamiento de la justicia en política.

La religión y la política marchan reunidas en la vida de los pueblos; los más libres, como los Estados Unidos y la Inglaterra, son los que profesan religiones más avanzadas; los más atrasados, los que caducan como la España, son los que se unen y se encarnan en el catolicismo!

Es el principio católico el que ha causado todos los males de las Repúblicas Americanas! Es ese principio el que con su doctrina y su propaganda, ha hecho nacer entre nosotros el caudillaje, ese sacerdocio de la religión del crimen!

³ Véase la carta de Bilbao a Edgar Quinet (20-III-1846), citada por Manuel Bilbao, en *Vida de Francisco Bilbao*, p. LVII.

Es ese principio latente en todas las conciencias, el que hace que en todas nuestras convulsiones, en todas nuestras luchas volvamos la vista hacia el poder, esperando de él la salvación y la vida!

El creyente que confía su salvación al sacerdote, da por resultado infalible el ciudadano que confía su salvación al poder!

Es debido a ese principio católico que en América se ha presenciado el ejemplo inaudito de pueblos que han visto silenciosos, casi indiferentes, el desconocimiento y la violación de sus derechos más sagrados.

Gracias a él, los gobiernos han podido oprimir a su antojo los desgraciados pueblos que gobernaban, haciendo de ellos ora esclavos uncidos al carro triunfal de un dictador, ora galeotes cargados con los grillos y la infamia de un tirano, pero siempre, convirtiéndolos en autómatas, en ruinas, en cadáveres. Pobres pueblos que se consideran libres cuando consiguen cambiar de tiranos y no de tiranía! Pobres nacionalidades que están siempre a la merced de los más audaces o de los más hipócritas!

Cuando esos hechos fatales se producen en la vida de los pueblos sin convertirse en sistema, los deshonran pero no los matan.

Si la protesta de los ciudadanos condignos no se hace escuchar con la tremenda voz de los cañones, única que puede hacer estremecer a los opresores del pueblo, queda al menos la protesta muda en el fondo de las conciencias. Los hombres y las generaciones que toleran y que acatan esas injusticias, se degradan y se pierden, pero el alma de la nacionalidad llega o pasa a las generaciones venideras!

Pero si el hecho se convierte en sistema, si la injusticia se legaliza, si la violación del derecho se hace un deber, si el acatamiento ciego a todo lo que dimana del poder cualquiera que sea, se presenta como noble, como justo, si se convence al ciudadano de que el derecho es una mentira, que la justicia es sueño, que la libertad es una quimera, en una palabra, si el crimen deja de ser un hecho fatal, para convertirse en una ley que se llama justa, entonces no es sólo la generación presente la que se pierde, es el futuro de la nacionalidad que se ahoga, es el porvenir de la patria el que se envenena.

La Polonia, oprimida y desgarrada por el látigo de la Rusia y de la Austria; la Polonia que no tiene un nombre propio en la carta geográfica de los pueblos; la Polonia, una de las nacionalidades más llenas de vitalidad y de esperanzas, y a quien le está reservado un porvenir más sublime y más vasto; es que el látigo Ruso habrá destruido al pueblo polaco, pero no ha podido destruir el alma de la Polonia.

La fuerza bruta puede imponerle su voluntad, pero no conseguir que ella ni la acate, ni reconozca nunca la justicia de la opresión. Su protesta es incesante; bajo el tremendo peso que la abrumba, palpita aún, y se debate y lucha, y tiene el triunfo seguro en el porvenir!

La España al contrario acaricia la mano que la oprime. Pueblo educado en los principios católicos, de ellos ha aprendido a soportar todas las vejaciones como otros tantos actos de justicia. Ellos les han enseñado a besar la mano que la destroza, el pie que la oprime, el dogal que la ahoga!

El pueblo español está agonizante. El alma de la España, envenenada y desfalleciente, cuántos y cuántos años de expiación y de martirios necesitará para purificarse! Cuánta sangre y cuántos dolores costarán a la desgraciada España las ideas católicas que profesa, [hasta] el día en que la luz penetrando en la conciencia de su pueblo le alumbre el camino para arrojar lejos de sí su oprobiosa tradición!

Y el presente de la España es el porvenir que ofrece el catolicismo a las Repúblicas Americanas!

Si en ellas, que empiezan apenas a separarse del viejo camino de las preocupaciones, vuelve a afirmarse el principio católico, y con él la idea de los hombres necesarios, que oprimen y dirigen a los pueblos, si la conciencia pervertida de las repúblicas americanas llega a pedir un César o un Napoleón que los salve de las luchas, que les de, no la paz sino el orden, no la vida sino la vegetación, no el progreso sino el quietismo, el reposo, el sueño, los Césares y los Napoleones no faltarán sin duda.

Si en América hay pocos imitadores de Iturbide es que falta la osadía, pero no la intención de hacerlo.

Y no nos cansaremos de repetirlo: son los restos de educación católica que quedan entre nosotros, los que hacen posible el entronizamiento de las injusticias.

Es por eso que combatir al catolicismo es combatir a la tiranía. Y es por eso también que Francisco Bilbao es uno de los apóstoles de la democracia y de la libertad.

Un día, lo hemos dicho antes, lo repetimos ahora, las generaciones venideras sacarán de entre el polvo de las bibliotecas las obras del proscrito chileno para admirar al hombre que las ha escrito. Hasta tanto, aquellos que lo amamos como a uno de los más incansables defensores de la democracia, los que seguimos sus ideas y combatimos al culto que tanto y tantos males ha causado al mundo, debemos sostenerlo, cualquiera que sean nuestras fuerzas, contra aquellos que se complacen en desgarrar su reputación arrojando lodo sobre sus cenizas!

Sabemos bien que al leer estas líneas una sonrisa de desprecio plegara los labios del eminente escritor que con un artículo publicado en la *Tribuna* del domingo ha motivado estos renglones, pero el talento, la erudición y la experiencia, si pueden despreciar la palabra de los débiles, no pueden convertir en buena la doctrina que es mala ni pueden hacer un elemento de progreso de un culto que ha sido el sudario de todos los pueblos que lo han profesado.

En cuanto a aquellos que hacen pasar sobre Francisco Bilbao la recriminación del imitador y de plagista, esos o no comprenden bien el fondo inmutable de las cuestiones religiosas, o no proceden con entera buena fe.

A la altura de la civilización a la que hemos llegado, los hombres, en religión, pueden mejorar las ideas, propagarlas y difundirlas, hacer con su decisión y su constancia que vayan a dar vida moral a todas las conciencias, que penetren mejorándolas en todas las clases de la sociedad, en las altas carcomidas por el escepticismo, en las bajas roídas incesantemente por la superstición, pueden hacer que las ideas santas, se esparzan y se difundan por todas las capas sociales, rehabiliten a todos los oprimidos, que viven hoy agonizantes, faltos de aire y de luz, pero no pueden crear una nueva justicia ni hacer nacer una nueva verdad!

Francisco Bilbao, pues, no era el creador de un culto, era un propagandista de la verdad; pero el más noble, el más entusiasta, el más decidido de los propagandistas del racionalismo en América.

Los que aman la libertad deben amarlo; los que la combaten de buena fe deben respetar sus convicciones y su memoria!